

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

**EDUCACIÓN E INSTRUCCIÓN, EL PODER DEL
EJEMPLO II**

Salida de sol del 15 de septiembre de 1976

Lectura del pensamiento del día:

“Si al final del año escolar los educadores están agotados es, simplemente, porque no aman a los niños que instruyen, no piensan en hacer sobre ellos un trabajo divino. Si hiciesen este trabajo, los ángeles guardianes que están encargados de velar sobre estos niños les recompensarían, y no sentirían tanta fatiga. Al hacer su oficio, la mayoría de los maestros y profesores no tienen otro objetivo que el de ganar dinero, son como mercenarios, no están verdaderamente conscientes de que trabajar sobre el alma de un ser que les ha sido confiado por el Cielo, es una misión grandiosa.

Si los pedagogos pensasen en introducir conscientemente elementos espirituales en el corazón y en el alma de los niños, como estos elementos siguen actuando, estos niños se acordarían toda la vida de estos hombres y estas mujeres que trabajaron sobre ellos. En el estado actual de las cosas, los niños ni siquiera se acuerdan de sus maestros o de sus profesores, o, si se acuerdan, es casi siempre para detestarlos y burlarse de ellos, incluso años después. Su trabajo, pues, no tiene ningún sentido, porque no contenía ni luz, ni consciencia, ni amor.”

* * *

Sí, si al final del año escolar los maestros, los profesores, están tan fatigados, no es porque ocuparse de los niños sea un trabajo verdaderamente agotador, sino porque, a menudo, son como mercenarios: su trabajo les sirve, ante todo, para ganarse la vida. Los niños no les preocupan y tratan de terminar su trabajo lo más rápidamente posible. Los

niños tienen muchos defectos, sin duda, pero, puesto que ellos han escogido la carrera de educadores, tienen la obligación de pensar en el futuro de estos niños, de estar atentos, de amarlos. Y como los niños son sensibles al amor y a la ternura, al cabo de algún tiempo acaban cambiando.

Cuando aún estaba en Bulgaria, de eso hace más de cincuenta años, conocí a una mujer muy mayor que había decidido aprender a leer y a escribir hacia el final de su vida. No había podido hacerlo cuando era joven, y había pedido ir a la escuela a la edad de setenta años. Vivía en una pequeña aldea y el maestro la aceptó. ¡Se dan cuenta de la reacción de los niños ante una mujer vieja sentada como ellos en los bancos de la escuela! Se burlaban de ella, la hacían rabiar. Y ella no sólo nunca se enfadaba, sino que les acariciaba, les traía regalos, de forma que, al cabo de algún tiempo, los niños ya no se burlaban de ella, ¡sino que la querían! Un día, que se había resfriado, no pudo ir a la escuela, y todos los niños fueron a su casa para suplicarle que se curase y volviese pronto: no querían estudiar si ella no estaba con ellos.

Sí, pero para poder producir semejante efecto hay que tener un gran amor, una gran paciencia. A veces ha habido educadores extraordinarios, como Pestalozzi, que no tenía mucha instrucción, pero que, gracias a su amor, obtuvo grandes éxitos con niños muy difíciles, pero esto es algo raro. Comprendo la tarea enorme que es educar a los niños, pero, si puedo hablarles como lo hago, es porque, en Bulgaria, yo también fui maestro, y después director de colegio, y vi los resultados que el amor y la paciencia producen en los niños. Por lo que los niños les contaban, los padres venían a darme las gracias, a traerme regalos... ¡ni siquiera sabía qué hacer con ellos!, y, cuando me fui a Francia, todos vinieron a acompañarme a la estación, ¡y lloraban...! Nunca lo podré olvidar. Y, a menudo, incluso pienso en estos niños, ¡muchos de los cuales deben haberse convertido ya en abuelos y abuelas!

Cuando uno ama a los niños, no está tan fatigado al final del año, porque ha conservado su sistema nervioso intacto. Pero, quiten el amor, quiten la paciencia y la fe en que triunfarán, en que se ganarán amigos que toda su vida se acordarán de ustedes, y están perdidos. Y, sobre todo, cuando los niños son aún muy pequeñitos, amándolos, a los que se ganarán son a sus ángeles guardianes. Cada niño tiene un ángel guardián que se ocupa de él, que vela por él, que quiere educarle, pero a menudo encuentra grandes dificultades, porque este niño sufre otras influencias. El ángel guardián vela, vigila, pero no puede hacer todo; por eso es tan feliz cuando

ve que alguien ayuda a su niño, y le recompensa. Así que, con su buen trabajo, no sólo se ganarán a los niños y a los padres –porque los niños les cuentan a los padres cosas sobre sus maestros- sino también al ángel guardián de los niños. ¿Acaso no vale la pena hacer un esfuerzo, en vez de pensar solamente en librarse de los niños lo más rápidamente posible? En tales casos es mejor no ser maestros, tendrían que cambiar de oficio.

Hay que conocer métodos para trabajar con los niños. Si quieren, no piensen en ellos, piensen en ustedes. Para no acabar extenuados, hundidos, procuren estar más tranquilos, ser más pacientes, estar más atentos, y así economizarán muchas energías. Si no, estarán siempre nerviosos, siempre tensos, y acabarán cayendo enfermos. Hay muchos maestros y profesores que se pasan el tiempo despotricando contra los niños, porque no logran cambiarlos. ¿Pero qué perfección representan ellos mismos para querer cambiarlos? La mayoría son tan ordinarios, tan mediocres, ¿cómo pueden pretender educar niños? Ni siquiera es su vocación. Nunca han pensado que su tarea es trabajar sobre el alma y el espíritu de los niños y, gracias al poder del amor, inscribir en ellos algo divino. ¿En qué universidad se revela a los futuros pedagogos el poder del amor... que es el amor el que transforma, el que educa, el que mejora?

Yo no tengo tiempo de estudiar las tesis de los pedagogos modernos, pero no parece que sean muy eficaces, porque, si echamos un vistazo sobre los niños que actualmente salen de las escuelas, nos damos cuenta, claro, de que son inteligentes, de que saben un montón de cosas, pero de que, en el dominio del carácter, no han recibido ninguna formación: son irrespetuosos, ingratos, astutos, mentirosos, interesados... ¿Por qué? Porque la pedagogía se ha extraviado dando demasiada importancia a lo exterior. Los alumnos tienen bonitas escuelas, estadios, piscinas, aparatos modernos, libros llenos de imágenes, y hasta cine y televisión, lo tienen todo... salvo verdaderos pedagogos, es decir, modelos, seres que den ejemplo. Esto es lo que falta, ninguna otra cosa: ejemplos vivos.

Dar ejemplo a los niños, todo el poder mágico de la pedagogía está en eso. Lo demás sólo son entretenimientos, pamplinas. Saben cosas, leen, escriben, explican, elaboran teorías, y son incapaces de dar ejemplo. No, yo no leo libros de pedagogía, hay demasiados y se contradicen. Si me hacen preguntas sobre la educación en los diferentes países, sobre los nuevos sistemas, sobre las tendencias modernas, les diré que no conozco nada de todo eso. Toda mi energía, toda mi voluntad están concentradas en esta única idea: cómo llegar a ser un modelo. Esto es todo.

La verdadera educación no consiste en querer mejorar siempre lo exterior. Tiene que actuar incluso en los corazones, en las almas de los niños. ¿Por qué todos estos pedagogos están estancados, petrificados? ¿Por qué no piensan que tienen poderes, dentro de sí mismos, que deben despertar, desencadenar, para poder proyectar, emanar, algo bueno que pueda influenciar y mejorar a los niños? Yo no estoy en contra de las mejoras materiales, éstas son indispensables, pero son insuficientes.

¡Y si les cuento cómo iba yo a la escuela! Mi padre había muerto cuando yo era todavía muy joven, y éramos pobres, tan pobres que mi madre ni siquiera podía comprarme los libros. A menudo me iba por la mañana sin desayunar, y estaba somnoliento cuando el profesor hablaba, y hasta me dormía. Durante el recreo pedía prestados los libros a mis camaradas, procuraba aprender rápidamente algunos fragmentos de la lección, y, cuando el profesor me preguntaba, trataba de acordarme de algo de lo que había leído durante estos minutos de recreo. Ahora veo que todas estas dificultades con las que tuve que batirme despertaron en mí ciertas facultades de las que me he beneficiado más tarde. Cuando uno vive confortablemente, se cloroforma. No son las personas demasiado bien instaladas en la vida las que han dado grandes cosas a la humanidad. ¡Vayan a ver de qué hablan, de qué se ocupan todos aquéllos que no les falta de nada...! ¡De futilidades, de idioteces!

Algunos dirán: “Pero todas estas escuelas tan bien equipadas son muy útiles, mis hijos van a convertirse en técnicos, en ingenieros.” Sí, de acuerdo, se convertirán en todo lo que quieran. ¿Pero acaso la felicidad de la humanidad depende absolutamente del progreso técnico, del confort, de la velocidad? Yo no estoy en contra del progreso, pero hay que saber qué dirección toma. Actualmente los humanos sólo se interesan por el progreso material, como si no existiesen muchos otros dominios en los que también debemos progresar. Estoy completamente de acuerdo con el progreso, ¿pero qué clase de progreso? A pesar de todas las mejoras técnicas que se han realizado, la vida no ha mejorado: los hombres no son más felices, ni más luminosos, ni están más tranquilos... ni siquiera tienen mejor salud.

Siempre lo he dicho, el mejor oficio, el más noble, es el de ser pedagogo. Evidentemente, no es ésta la opinión de todo el mundo. La mayoría no consideran mucho este oficio. Ser físico, abogado, médico, eso sí vale la pena. Mientras que a los maestros los desprecian. Ocuparse de los niños, ¿qué importancia tiene eso? Y, sin embargo, éste es, justamente, el oficio más importante, el más significativo. Educar a los niños, ¡es un

trabajo divino! Por eso siempre he dicho que llegará una época en la que la psicología y la pedagogía, que todavía son despreciadas, estarán en primer lugar. Y este momento se acerca.

Oigo que, cada vez más, empiezan a dar vueltas alrededor de este problema: el ser humano, su psicología, su educación. Porque se han dado cuenta de que no puede haber ni éxito ni felicidad estable para la humanidad mientras que la cuestión psicológica no esté a punto. Pronto, todos hablarán solamente de esta cuestión. Pero una cosa es sentir que estos cambios son necesarios, y otra poder traer verdaderamente estos cambios. Miren lo que sucede con la política. Todos hablan de cambio: hay que cambiar esto, hay que cambiar aquello. Hablar de cambios es fácil, pero, cuando no están preparados para aportarlos, todo eso suena grotesco, y nada más.

Los pedagogos deben comprender que lo primero que deben aprender es a ser ellos mismos modelos; entonces podrán educar a los niños sin libros, sin aparatos, con su sola presencia. Para poder asumir este cargo de pedagogo no basta, pues, con estudiar tres o cuatro años en la universidad, hace falta toda una vida, y varias vidas incluso. Porque el secreto de la pedagogía se encuentra en la Ciencia iniciática. Si ustedes mismos no poseen las cualidades que quieren despertar en los demás, hagan lo que hagan, no educarán a nadie. Ningún medio externo puede lograr transformar a los seres humanos, esto deben saberlo, ningún medio externo. Es dentro de nosotros, en el corazón, en el alma, en el espíritu, donde debemos poseer un elemento pedagógico, y este elemento, que vibra, que emana, influencia a los demás; sin que abran siquiera la boca, tienen ganas de imitarles. Quizá no lo logren inmediatamente, porque uno no se desprende de sus apetitos y de sus instintos inferiores de la noche a la mañana, pero se dan cuenta de que en ustedes hay algo luminoso, cálido, vivo, y esta luz, este calor, esta vida son contagiosos.

Lo esencial es, pues, ser ejemplos, para la familia, para los que están a nuestro alrededor, y, sobre todo, para los alumnos y los propios hijos: mostrarles siempre el camino de la rectitud, de la justicia, de la honestidad, de la pureza, de la bondad. Después podrán instruirse y llegar muy lejos en sus estudios, pero lo esencial deben dárselos ustedes, los padres, los educadores.

* * *



www.laenseanza.org